



PERFILES DE UNA CIUDAD

Desde el umbral, Cuenca

Pedro Miguel Ibáñez Martínez

Lo primero que advierte el viajero llegado a Cuenca es que su núcleo histórico no ocupa una posición central, sino excéntrica. Es éste un privilegio de las urbes marcadas por una topografía difícil. Encumbrada sobre las últimas estribaciones de la Serranía, las masas rocosas que la singularizan la han cobijado contra el impacto agresivo del urbanismo contemporáneo. Su prerrogativa de ciudad alta permite a Cuenca, en relación con su entorno natural, la posibilidad de ser contemplada desde idénticas atalayas que en tiempos pretéritos. Esta circunstancia marca los dos diferentes itinerarios, uno interior y otro exterior, que, para el conocimiento cabal de la ciudad, se ha de imponer el visitante.

La propuesta que aquí se recoge es una excursión por Cuenca donde no se pisen las calles de la ciudad vieja, y explico la paradoja. Acostumbran los forasteros a realizar el itinerario interior: catedral, museos, las plazuelas y los callejones seculares y alguna vista panorámica hacia las gargantas cinceladas por los ríos Júcar y Huécar. Pero la travesía exterior es tanto o más importante para percibir la originalidad de la población. Se trata de una ronda en estrecho contacto con la naturaleza, aprovechando los senderos que cuelgan sobre los cantiles calizos de las hoces. (Es lástima grande que nunca se haya pensado en aprovechar las ilimitadas posibilidades que ofrece el senderismo en torno a Cuenca, habilitando rutas seguras y más cómodas que las actualmente existentes).

Cuenca, ciudad de innumerables perspectivas, únicamente hacia el mediodía ha perdido algunas de ellas. Los ensanches y la edificación masiva de las últimas décadas estorban una de las más tradicionales panorámicas sobre la parte alta: aquella donde, desde la cumbre, se despeñan las casas en cascada hacia el llano, semejando una pirámide. Se impone callejear para que se abran a la contemplación fragmentos más o menos amplios de este derrumbadero de casas populares y edificios religiosos que, en la distancia, se muestran sorprendentemente embutidos unos contra otros, como si no existieran espacios entre ellos. Es aquí donde Cuenca se italianiza, hermanándose con tantas poblaciones altas de la vecina península. Algo de esto se puede entrever desde la calle

Ramón y Cajal y, quizá más, desde la plaza del Hospital de Santiago, por citar dos puntos de observación favorables. Tampoco decepcionan las perspectivas que se ofrecen desde diferentes rincones del entrañable barrio de los Tiradores. Siempre, sobresalen omnipresentes Mangana, misteriosa torre de nombre árabe, y San Felipe, sobrio y audaz conjunto religioso que prueba el talento constructivo del arquitecto barroco José Martín de Aldehuela.

La fachada urbana desde el este, con la espléndida cornisa edificada sobre la hoz del río Huécar, es la más conocida de Cuenca por la facilidad de los accesos. Su espectacularidad ya reclamó en 1565 la atención del artista flamenco Anton Van den Wyngaerde, inspirándole, tal vez, su más exacta vista de ciudades españolas del siglo XVI, con una asombrosa fidelidad al modelo original. Duele comprobar el patrimonio que se ha perdido, como el monumental puente de piedra que cabalgaba la hoz, hoy reemplazado por una grácil pasarela de hierro. O el sugestivo compuesto de casas populares que pendían sobre los acantilados a la izquierda de la catedral, retro trayéndonos, con sus entramados y voladizos, a fascinantes modos constructivos puramente medievales. Quedan las famosas casas Colgadas —recreación moderna más que otra cosa, si bien excelente— como solitario testimonio de la época.

Aunque en el detalle se hayan producido algunos cambios sustanciales, el efecto de la fachada edificada sobre el Huécar sigue siendo magnífico. Las construcciones —catedral, convento de Carmelitas, Inquisición, la misma arquitectura doméstica—, como atraídas por el vértigo del abismo, se enrasan con los grisáceos acantilados calizos, configurando un urbanismo deslumbrante llevado a la frontera de sus posibilidades físicas.

Siguiendo el camino que pasa por detrás del Parador Nacional de Turismo del convento de San Pablo, merece la pena acercarse a pie hasta la cueva de la Zarza. Con el acompañamiento de crestos rocosos a nuestra derecha, se abre a la vista un hermoso y cambiante paisaje sobre el desfiladero del Huécar y la ciudad alta. Lo mismo sucede con el sendero que nos eleva hasta la misma cumbre del



cerro del Socorro (existe una carretera de montaña para los perezosos). Desde este cerro se divisa la más aleccionadora panorámica de la Cuenca antigua, encaramada, como ciudad fortaleza que fue su razón de ser, a lo largo del espolón calizo labrado con infinita paciencia por los ríos Júcar y Huécar.

Para los visitantes, una panorámica inédita de la fachada urbana que se asoma al Júcar, tan espléndida como la del Huécar, es la que se descubre a lo largo del sendero que conduce a la ermita de San Julián el Tranquilo. Cuenca presenta aquí un rostro diferente, que es como el contrapunto del que ofrece en la hoz hermana. Los acantilados del cañón del Huécar se caracterizan por su conformación rectilínea y masiva, en abrupta caída vertical, que presta una traza hosca y militar a los edificios encaramados sobre tan soberbias murallas naturales. Al otro lado del espolón, al occidente, los derrumbaderos sobre el Júcar alternan con declives y terrazas escalonadas, donde la ciudad se ensancha en diferentes alturas con variedad y pintoresquismo. La plenitud visual se alcanza

en los puntos más elevados del sendero. Sobresalen las construcciones monumentales (Seminario, antiguo convento de la Merced, fachada inacabada de la catedral, San Miguel, etc.) entre las más típicas muestras de la arquitectura popular conquense, mientras los erguidos chopos del río, la densa vegetación que cubre las laderas y la hiedra que tapiza las rocas confieren al lugar un riente aspecto de paraíso natural incontaminado.

Nada mejor para cerrar nuestro itinerario que la contemplación detenida desde las eras del barrio extramuros del Castillo, al Septentrión. Bastan unos pasos para abarcar las dos hoces en toda su grandeza. En este lugar, a ciento cuarenta metros sobre la llanura, nació Cuenca hace mil años, amarrada al cordón umbilical de una fortaleza musulmana de la que se preservan vestigios venerables. Con original arquitectura, el empeño de los fundadores y el tesón de sus descendientes humanizaron los abismos. Así, la topografía más agria se troqueló por mano humana en algunas de las más bellas perspectivas urbanas de la vieja España. □